La mudanza

 —¿Escucharon algún ruido? —preguntó el vecino.

 —Nada, no escuchamos nada, aunque ahora que recuerdo estuvo una muchacha parada toda la mañana, allá al costado de la columna, frente a tu casa. Pero ruido ninguno.

 Acababan de robar en la casa del vecino, para ello tuvieron que levantar la persiana para luego romper un enorme vidrio. Fue en la mitad de la tarde y era inverosímil que nadie viera o escuchara algo.

 —Después de lo que sucedió ayer tenemos que comprar un perro —comentó Adriana a Roberto.

 En la casa habían criado a los cuatro hijos, y en algún momento también había venido a vivir la madre de Adriana, ya al final de su vida. Nunca habían tenido temor de vivir allí ni tampoco nadie sintió necesidad de un perro guardián o de compañía. El momento había llegado. Cambiaron ideas acerca del tipo de perro, tamaño, sexo y raza. Cuando fueron al criadero recibieron más información. Finalmente se decidieron por una perra doberman de pelaje negro. Su nombre era Olivia y había que esperar un mes más para que se la pudieran llevar. Su madre era de buen porte y tenía una mirada intimidante, aunque allí les habían dicho que los ejemplares de esa raza, a pesar de lo que decían algunas personas pocos conocedoras, eran guardianes en su territorio pero muy nobles con el ambiente familiar. Todos estaban muy entusiasmados, era el primer perro para la familia.

 Cuando llegó, en forma natural cada uno de los miembros de la familia fue asumiendo una tarea para con la perra. Adriana la cuidaría y le daría de comer, Roberto compraba lo necesario como para sacarla a pasear, el menor de la familia que ya estaba enorme tomó el papel de instructor, para los demás se trataba de una mascota querible. Así se sucedieron las comidas con proteínas para fortalecer los huesos, las vacunas, el corte de las orejas, los baños y cepilladas de pelo. Se dice que el perro realiza lo solicitado por el dueño más por amor hacia él que por temor, y así fue. Era un gusto ver al hijo caminar con Oli, que así quedó reducido su nombre, cuando le decía “junto”, ella caminaba pegado a su pierna izquierda y así con cada pedido que se le hacía, ella se sentaba, acostaba o detenía la marcha. Siempre jadeando, con mirada atenta y cara sonriente.

 Los años fueron pasando pero el amor por Oli se mantenía en todos los miembros de la familia, lo mismo que la entrega que ella hacía a ellos. Ladridos de alegría, movidas de la cola, pequeños saltos delante de cada uno.

 Para los de afuera era el animal terrible que había que contener para poder entregar la correspondencia o la mercadería de los proveedores ocasionales.

 En la medida que el tiempo pasaba diferentes hechos fueron sucediendo irremediablemente, primero falleció la abuela, que mientras estaba enferma tuvo a la perra siempre a su lado, luego uno a uno los hijos se fueron de la casa, hasta el menor, ya hombre, dejó el hogar. Con ellos se fue el bullicio de las mañanas para prepararse a ir a clase, el desayuno, el griterío al regreso. Quedaron solos Adriana, Roberto y Oli.

 Comenzó la presión de los hijos para que dejaran ese nido vacío, por la seguridad, por los fríos, por la limpieza que requería el lugar. Los mayores no estaban convencidos, pero las circunstancias se fueron dando hasta que firmaron para pasar a vivir a un apartamento.

 Allí comenzaron a correr plazos en tiempos que al comienzo parecen excesivos pero que cuando se acortan, terminan en urgencias. Había que mudarse y con ello las angustias de seleccionar las cosas que se llevarán, las que se regalarán y las que se tirarán, que aunque parezcan que no tienen valor monetario representan un gran valor afectivo, los cuadernos de los hijos, las carpetas, las evaluaciones de los colegios y liceos. Por todo esto la mudanza es un hecho traumático en la vida de las personas. Hay que desprenderse de trozos de vida que tienen tantos recuerdos.

 —¿Qué van hacer con Olí? —Preguntó uno de los hijos

 —La llevaremos con nosotros, después de tantas alegrías vividas no hay otra alternativa.

 Pasados unos días llegó la noticia adversa, —No podemos ir con Oli al nuevo apartamento, ya que no permiten perros según el reglamento de copropiedad que me mostraron.

 —¿Cómo pudo sucedernos esto?, era algo que suponíamos solucionado y ahora se transformará en un problema importante —cual un lamento expresó Adriana.

 Hablaron con amigos y conocidos buscando un nuevo hogar para Oli, les llegaron dos propuestas, llevarla al campo de un amigo, o a la casa de una familia que tenía un pequeño fondo.

 Los días se transformaron en vorágine, hay que tener mucha energía y tiempo para encarar una mudanza. Los cajones y cajas se amontonaban, libros, ropa, vajilla, todo era un caos. Sacaban a Oli a pasear casi lo indispensable. Ninguno de ellos se animaba a hablar del lugar donde la trasladarían.

 —¡Nos quedan solo tres días y todo lo que tenemos para solucionar! —murmuraba Adriana casi desfalleciente, absorbida por el clima tenso y angustiante de la situación

 El día previo a la mudanza, era el día fijado para llevar a Oli a su nuevo hogar y luego terminar de colocar en cajones todo lo que quedara aun sin acomodar. Roberto no pudo dormir, a las cinco de la mañana estaba en pie. Adriana casi con las últimas fuerzas lo siguió a fin de poder finalizar a tiempo con todo el preparativo. La casa llena de cajones y cajas precintadas ya no era la misma. Roberto llamó a Oli para sacarla a la vereda. La perra no aparecía contenta y moviendo la cola como siempre. Pero nada en la casa estaba como siempre. Adriana cansada, los cajones parecían que invadían todo y Roberto malhumorado por desprenderse de tanta historia vivida y todavía separarse de Oli, todo los sobrepasaba.

 —No entiendo qué pasa con la perra, no aparece y en su lugar de dormir tampoco está.

 —Allá entre los cajones veo sus patas, —señaló Adriana.

 Ambos corrieron, y encontraron a Oli, acostada como siempre, con su cara mezcla de paz y alegría, pero en lugar de permitir que los adultos decidieran su destino, fue ella misma la que en medio de aquel caos logró obtener un sitio tranquilo donde decidió que ese preciso día fuese el de su muerte.

César Juan